

LA CAPILLA ALFONSINA

Walter Schaefer

Una residencia construida en base a una biblioteca: así podríamos definir el entorno del pensador Alfonso Reyes: escritor, diplomático, Premio Nacional de Literatura y candidato al Nobel. Muerto su padre, el célebre general Bernardo Reyes, por el ejército de Francisco I. Madero dirigido por Victoriano Huerta, vio luego que uno de sus hermanos aceptaba la Cartera de Guerra en el gobierno del usurpador y él mismo recibió el ofrecimiento de Huerta de fungir como su Secretario Particular. A la incredulidad del intelectual siguió el enojo del general, por lo que decidió exiliarse.

Tras su peregrinar por España, Francia y Argentina, desvanecida la situación adversa que originó su partida y aclamado –a grado tal que el país ibérico le ofreció la ciudadanía, que él rechazó– decide instalarse en la Ciudad de México. Aún se conserva el boceto de lo que consideró una residencia ideal: una biblioteca. La primera piedra fue colocada en el año 1938 por el inmortal Manuel Toussaint. Sin embargo, el hombre se encontraba ya totalmente absorto en sus labores de investigación, por lo que su presencia fue un acto meramente simbólico ya que la obra total corrió a cargo de Carlos Rousseau.

Precisamente en ese sitio conservó el maestro su colección de cuarenta mil volúmenes, sus obras de arte, las más obsequios de connotados amigos y admiradores como Foujita, Santos Balmori, Cándido Portinari y Angelina Beloff, entre otros. El intelectual veía transcurrir el día en el ambiente que creó. La reja superior presenta bases a intervalos a fin de descansar los libros en tanto eran consultados, todos ellos clasificados primeramente por país y a partir de ahí, por autores. Un lecho reclamaba su sitio a unos metros del esencial escritorio; aun los momentos de reposo durante el día no debían alejarlo de sus amados libros... de su diaria labor.

A pesar de que los hombres de esa estatura no se deben a sí mismos, sino a la humanidad, y cada letra o palabra que de ellos emane será parte de la historia, el maestro animoso suspendía su actividad cada ocasión que recibía la visita de un Adolfo López Mateos, Martín Luis Guzmán, Julio Torri, Gabriela Mistral, José Vasconcelos y los entonces



muy jóvenes Octavio Paz, Carlos Fuentes, José Emilio Pacheco, Carlos Monsivais y un hombre a quien Alfonso Reyes consideraba la más brillante promesa: Henrique González Casanova. No era requisito ser una leyenda o ir camino a serlo para ser recibido por el maestro: sus pequeños nietos le hacían dejar los libros aun cuando, a su manera, intentaba interesarlos en la cultura.

La entrevista con doña Alicia Reyes, nieta de don Alfonso y directora desde hace cinco décadas de la Capilla Alfonsina, había sido acordada a las once de la mañana. Su asistente Eduardo Mejía acudió a recibirnos y dedicó unos minutos a guiarnos por las pequeñas habitaciones que conforman el resto de la residencia. Definitivamente para el Maestro la biblioteca lo era todo. Colecciones de arte donde el modelo involuntario era el propio Reyes, cartas de Jorge Luis Borges y Louis Juvet, instantes captados por la fotógrafa Gisele Freund y, para mi asombro, vitrinas repletas de diminutos soldados de plomo, representando ejércitos de diversas nacionalidades.

La hora fijada llegó. Imposible presentarse sin decenas de interrogantes en el papel y en la mente. Oportunidad única de conversar con quien ha sabido eternizar una leyenda. La dama –a sus casi ocho décadas de vida– es la dueña total del ambiente y sus recuerdos. Por cortesía acostumbro anticipar el tiempo que me será concedido: treinta minutos. Sé que no será si mis entrevistas se orientan a lo anecdótico, a lo humano. Evocan recuerdos y el tiempo parece detenerse. Sabía ya que mi interlocutora era célebre por derecho propio: Caballero de la Orden de las Artes y las Letras por el Gobierno de Francia, Miembro del Instituto Mexicano de Cultura y de la Sociedad de Literatura Mexicana y autora de al menos catorce libros, entre los cuales son imprescindibles su *Genio y Figura de Alfonso Reyes* y su poema *América Mía*.



1973. Llegado el día y el evento a punto de iniciar, el teléfono directo de la directora repiqueteó: la voz del propio Presidente de la República confirmando su asistencia. Un tanto sin abandonar la incredulidad, vio transcurrir el evento con oradores del nivel de Salvador Novo y Andrés Henestrosa. Al término de la velada don Luis comunicó su decisión de emitir el decreto que declaraba el sitio Patrimonio Nacional y por ende, la protección y apoyo total del Gobierno Federal.

Los ciclos existen y así como doña Alicia ha convertido en misión de vida preservar el legado del abuelo, lo propio realizó en su momento don Alfonso con el de su padre, el general Bernardo Reyes. En la residencia museo se conservan la totalidad de sus manuscritos, sus libros sobre el Estado Mexicano y la vida de Porfirio Díaz, una histórica imagen en acuerdo con el Presidente, su caja fuerte, la cual luce orgullosamente su nombre, su estilográfica, su distintivo de Masón

En su niñez, la residencia de su padre se comunicaba con la de don Alfonso y así, para la pequeña nieta lo más natural era cruzar el umbral hacia el regazo del abuelo. La vida, sin embargo, le alejaría de él por más de una década al aceptar la joven una beca en el Instituto Pasteur de Francia gracias a su trabajo en el campo de la microbiología y posteriormente un Diplomado sobre la obra de Victor Hugo en la prestigiada Sorbonne.

Al morir el sabio mexicano fue su hijo quien quedó a cargo de la residencia, convertida en museo público por expreso deseo del maestro, quien incluso rechazó una oferta de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos de América —el mayor acervo mundial— la cual intentaba adquirir la totalidad de su colección bibliográfica. La actividad profesional de este hombre —reconocido patólogo— le impedían sin embargo cumplir con la autoimpuesta misión; fue así que resurgió la figura de aquella nieta, hoy devenida intelectual.

Las casualidades existen por alguna razón y fue así que al coincidir Alicia Reyes con el entonces presidente Luis Echeverría en un evento organizado por la Academia Mexicana de la Lengua, con el atrevimiento de la juventud —como ella misma lo confiesa— le invitó al evento de aniversario de don Alfonso en la propia Capilla. Era el año

Grado 33 y su sable-revólver, diseñado especialmente para él. Correspondería posteriormente a la bisnieta velar por sus restos: el traslado del Panteón del Tepeyac a los sótanos de la biblioteca de la universidad regiomontana, su vigilancia y finalmente la colocación de sus cenizas en la Macroplaza.

La vida de Alfonso Reyes, de eterna creación y aprendizaje vivió momentos que le marcarían definitivamente: su convivencia en Madrid con los grandes o su recuerdo: Miguel de Unamuno, Juan Ramón Jiménez y José Ortega y Gasset, el haber residido en Paris en la casa que habitó Marcel Proust, su amistad con Presidentes... con Jorge Luis Borges. A escala nacional, don Alfonso, señalado hasta entonces como un mayor admirador de las culturas extranjeras que de la propia, demostró la inexactitud de la aseveración con “Visión de Anáhuac”, consagrándose a nivel internacional con la obra teatral “Landrú”, la cual itineró por Europa y Sudamérica.

Dona Alicia no fija límites al expresar sus sentimientos hacia Carlos Fuentes y Octavio Paz. A estas alturas de mi vida, pregunta que es a la vez respuesta. Ambos aprovecharon la situación y no fueron leales con su maestro, afirma. Si bien Fuentes confesó ser escritor gracias a Alfonso Reyes, su aclamada “Aura” tomó prestados —por decir lo menos— varios conceptos del cuento de Reyes “La



Fotos: Walter Schaefer



Cena” de 1912, el cual vio la pantalla grande en varios filmes. En cuanto a Paz, los últimos años de Reyes se distanció ferozmente de él e incluso intrigó –hecho universalmente reconocido– a fin de que su maestro no obtuviera el Nobel de Literatura. Los últimos años de Paz, en consecuencia, sólo conocieron una obsesión: obtener el premio, tan sólo para superar en algo a Reyes. El Maestro, como todo gigante, jamás perdió su jovialidad y curiosidad intelectual, gracias a una mente analítica de primer orden. No olvidemos que el propio Jorge Luis Borges, el palabrero por excelencia, definió a Alfonso Reyes como “el mejor prosista en lengua española que ha existido”.

La casa-museo es una institución viva: la totalidad del acervo, del cual la mitad se envió a la Capilla Alfonsina en Monterrey, se ha digitalizado a fin de preservarlo para la posteridad y el Fondo de Cultura Económica ha publicado las Obras Completas en veintiseis tomos –no veintisiete o veintiocho como citan diversas fuentes– y la propia directora imparte cada tercer día talleres literarios y de comprensión de la obra del ilustre mexicano.

Casi al finalizar la entrevista, cual si hubiese meditado si el momento era merecedor de ello, doña Alicia me hizo entrega de la copia de un documento histórico, una carta escrita por el abuelo a la nieta de siete años de edad, privilegio que comparto con mis lectores: “Alicia, niña mía querida, este álbum es hoy para ti un juguete, después será un recuerdo y

poco a poco, una íntima compañía. Cuando lo hojees a solas, aquí encontrarás el corazón de tu abuelito, que siempre está a tu lado y cuida amorosamente tu felicidad y tu vida. Alfonso Reyes, México, 20 de marzo 1944.”

Nuestra dama puntualiza que, en gran medida, coronamos a los grandes de México en base a terceras opiniones o al manejo publicitario del *establishment* intelectual. “No se dejen engañar por lo que alguien dice que vale la pena, lean y sean sus propios jueces”.

Recuerda con especial nostalgia las palabras que le dirigió Jaime Torres Bodet –ya consumido por el cáncer óseo–: “Me gustaría haber tenido una nieta como usted”. El intelectual supo comprender la fortuna de don Alfonso al haber encontrado quien preservara y difundiera tan celosamente su legado.

Di el adiós –o el hasta luego– a “El Ángel Vigilante”, como bien la definiría el inmortal Efraín Huerta y dejé atrás el ambiente monacal... un afortunado más, víctima de la Capilla Alfonsina. ☞

Walter Schaefer (Ciudad Juárez, 1957). Abogado y coleccionista de arte mexicano. Columnista del periódico *Hoy*, colaborador de la revista de circulación internacional *Archipiélago*. Autor de los libros *Puente Sobre el Abismo*, *Dante, una Mirada a Otro Mundo* y *La Fuerza de la Unión*.